

do inocentemente el calendario, lo cual hizo que le vendiese como nadie, teniendo la fortuna de no dar en manos de los esbirros encargados de recogerle. Pero he aquí que la noche del día siguiente, al en que establecí mi comercio, dos sátelites de la policía se arrojaron sobre mí, pidiéndome los calendarios prohibidos.

—Señores, aquí están. Yo no sabia que no podian venderse....!

—No lo sabia eh? hágase el guaje!

—Les aseguro á Vds....

—Vamos, vamos: eso se verá mas adelante. Enderece pa la Perfectura.

—Dispense Vd. amigo.... va usted á hacerme un perjuicio....

—Jale por hay!

—Oiga usted.... una palabrita....

—No oigo nada.

—Le diré á usted....

—A ver, quese el dinero?

—Dinerol si no he vendido nada todavía.

—¡Suelte el dinero!

—¡Pero señores, si el dinero no está prohibido....!!

—Escúlcalo, hombre: dijo el otro personaje que hasta entonces habia manifestado no tener lengua. Escúlcalo que yo lo cuidaré.—Mire, si se mueve ó chista, lo clavo con la daga!

—¡Jesus me ampare!

La mortífera arma colocada á dos dedos de mi pecho, vino á advertirme con quienes tenia que habérmelas. Los que yo habia tenido por dos agentes de policía, no eran sino dos rateros que á toda prisa comenzaron á registrarme, favoreciendo yo su afanoso trabajo con presentar mi cuerpo y abrir los brazos cuanto me fué posible. Esto me salvó, ó por mejor decir, salvó á mis cinco pesos, á quienes acababa de recontar por la décima vez, cuando fuí sorprendido, conservándolos aun en mi mano derecha.

Los rateros, á diferencia de los gitanos, *buscan la buena ventura*, examinando no las palmas de las manos, sino los bolsillos. Por lo mismo, mientras cateaban los mios, mis cinco duros permanecian fuertemente oprimidos en el sitio indicado, alejándolos mas del peligro á medida que mas estendia los brazos, para que con toda comodidad registraran los bandidos hasta los menores pliegues de mi vestido humilde. La estratagema surtió su efecto. Perdí los calendarios y demas baratijas; pero salvé mi pequeña fortuna, adquirida milagrosamente en veinticuatro horas.

Los almanaques se acabaron. Ya se ha visto como perdí los últimos, merced á los dos bandidos que no dudo llamar italianos, supuesto que se robaron á la misma Semana Santa de la cristiana Roma.

Al dia siguiente convertí mis cinco pesos en una canasta poblada

de mil pequeñas chucherias y baratijas, no sin haber antes buscado el dichosísimo almanaque. Pero ¡ay! ya no quedaba ni uno solo!

Si entonces hubiera sido yo Adán, mi serpiente y mi manzana hubieran sido un *calendario* y el *calendariero*!

## II.

Comercio al menudeo.—Las flores antipodas.—Las catacumbas.—Geroglíficos Egipcios.—Animales Salvages.—Las pirámides.—El diu de carne y las viglias.—Una pitonisa.—Paseo nocturno.—La sexta parte del mundo.

Jadeante y sudoroso acabo de llegar á la cumbre de una montaña altísima. Para tomar resuello me he sentado al pié de un árbol y encima de mi zarape, con mi canasta al lado; la vara de medir que me sirve al mismo tiempo de arma ofensiva y defensiva, y un talego que contiene el pase de la Aduana, una camisa y algunas ligeras provisiones de boca.

Hace ocho meses que *ándo* como la *zorra*, de lugar en lugar y de feria en feria.

Derrepente se acerca á mí un ranchero jóven, el cual viene á pié, y con una reata en la mano. Me saluda bajando el sombrero hasta la rodilla derecha, y en seguida esclama:

—Usted, amiguito, segun la *pinta*, carga cosas de mercillería?

—Ya se ve que sí! Quiere V. ver alguna cosita?

—Por de conta! Tray *aretas*?

—Si traigo.

—Y una *gargantilla*?

—Tambien. ¿Quiere que desate?

—Sí; pero que sea para luego. Las viejas se *perecen* por esas cosas! Mi hombre se sentó en cuclillas delante de mí; le mostré el interior de mi canasta; examinó los objetos; preguntó precios; ofreció, regateó



hasta lo sumo, y concluyó por comprarme los artículos siguientes, que quiso le envolviera en dos bultos separados.

El uno contenía: Un par de zarcillos, una gargantilla de cuentas de vidrio, un espejito de á medio; dos peinetitas de cuerno y ocho anillos de cobre. Total: el *lujo* y el *coquetismo*.

El otro encerraba: Medio de agujas, tres bolitas de hilo gordo, un dedal, cuatro hilos de chaquira y un carrete. Conjunto: la *industria* y el *trabajo*.

Esta separacion de objetos mugeriles despertó mi curiosidad, y mas cuando ví que el buen hombre ocultó cuidadosamente el primer envoltorio dentro del sombrero, mientras que el otro permaneció en su mano. Preciso era averiguar un poco mas:

—Que otra cosita me compra V. Estas arracadas de plata para la Señorita?

—A ella no le *cuadran* esas cosas.

—Pues un silabario, libro segundo, catecismo para los niños...?

—Yo no tengo muchachos.

—Entonces, ya sé lo que quiere V. Vayan unas décimas.

—De amor?

—Precisamente.

—A ver, impóngame en ellas.

—Escuche usted:

*Yngrata, yo tengo celos  
Que me encandilan el alma....*

—Echele otras; yo no estoy celozo.

—Bueno: vamos á ver estas:

—Son de amor?

—Ya las verá.

*Cuando vendrá el feliz dia  
En que goce tu hermosura....*

—Tampoco: eso ya pasó y ni se platica.

—Pues paciencia, y oiga V. otras:

*Dos flores bellas tenia  
Un amante cuitlacoche  
Y así de las dos decia:  
Una es mi güele-de-dia,  
Y otra mi apesta-de-noche!*

—Áxcale! me ha dao usted en la mera matadura!

—Ya lo creo, dije para mí.

Los dos envoltorios habian perdido completamente su misterio.

—Cuánto le debo por toditito?

—Cuánto?... Ahora verá:—Quiere decir que son por un lado: dos, tres... cuatro y medio... cinco y... seis reales.

—Cómo así? No me dijo que los aretes valian tres cuartillas!

—Yo no he dicho tal cosa.

—Haga memoria y verá.

—No, imposible!

—Y la gargantilla un real; y medio el espejo, y....

—No puede ser: perderia yo el dinero!

—Y de lo demas cuánto es?

—De lo demas son... dos reales y tlaco.

—Hay tiene: eso si está en justicia; pero lotro....

—Pues el otro tambien lo está. Conque tenemos por todo junto... un peso y tlaco.

—El tlaco no lo pago.

—Esa es la ganancia precisamente. Todo está muy caro, y luego el viaje, y la alcabala y la....

—Vaya, vaya! Hay tiene y hasta otra vista.

—Buen viaje, patroncito.

El *amante cuitlacoche* marchó contentísimo con sus dos paquetes, de los cuales uno era sin duda para la *flor embalsamada*, y el otro para la *rosa nocturna* que habia perdido sus *aromas*.

Quedéme solo, y mientras tomaba un poco de mas aliento para proseguir mi camino, púseme á reconocer las profundidades de mi canasta, verdaderas catacumbas donde reposaban, sinó los cuerpos de los santos, sí al menos sus efigies, en la segunda foja de sus respectivas novenas. Ademas, traia una corte celestial entera en estampas litográficas. Mi mano sacrilega les sacudió el venerable polvo del sepulcro, volviendo despues á colocarlas respetuosamente en su primera y pacífica morada.

El dia iba declinando; pero el sol era demasiado fuerte y yo estaba bastante fatigado. Faltábame que descender la elevada montaña en cuya cumbre me hallaba, y desde donde descubria, á cosa de dos leguas, un grupo de *jacales*, punto que consideraba muy á propósito para pernoctar aquella noche. Dos leguas, y de bajada se andaban fácilmente en un par de horas, asi es que esperé que cayese el sol un poco mas, y entretanto empuñé la vara de medir y comencé á hacer con ella mil rúbricas y laberintos sobre la tierra floja que rodeaba al árbol, dando al mismo tiempo rienda suelta á mis pensamientos. Despues de veinte minutos, los arabescos, los geroglíficos, el enredo confuso de mil líneas intrincadas impresas en el suelo, era una copia fiel de las ideas y pensamientos que habian rebullido en mi cerebro.